

BEDELL SMITH, Walter: *Mis tres años en Moscú*.—Colección Grandes Actualidades. Editorial Mateu, Barcelona, sin fecha. 267 págs.

La figura del teniente general Bedell Smith es una de las más relevantes y bien conocidas dentro del cuadro de personalidades de primera categoría que han operado en la política exterior de los Estados Unidos del último decenio. Ahora, cuando escribimos estas líneas de comentario al libro en que resume su experiencia en la capital soviética, ha sido llamado a Ginebra para sustituir a Foster Dulles en la difícil Conferencia sobre Corea e Indochina, y esto, sin duda, tanto por su condición de subsecretario del Departamento de Estado como por su energía, habilidad y capacidad para tratar con los rusos.

Su misión en Moscú durante tres años transcurrió en un período de tiempo particularmente difícil en las relaciones entre los mundos soviético y occidental. Coincidió con el despliegue abierto y amenazador de la guerra fría, cuando los aliados de Occidente experimentaban las consecuencias de los compromisos contraídos con los rusos en las Conferencias de Yalta, Teherán y Potsdam y, por tanto, cuando los Estados Unidos se preguntaban con temor hasta dónde quería ir la Unión Soviética y qué es lo que se proponía.

En 1946, Averell Harriman, después de una misión en Moscú también durante tres años, había sido destinado a Londres. La Embajada de los Estados Unidos en aquella capital, recién acabada la guerra y en circunstancias tan complicadas, no podía ni quedar vacante mucho tiempo, ni tampoco ser ocupada por una personalidad sin relieve y poco conocida de los rusos. Estas razones movieron al entonces secretario de Estado, James F. Byrnes, a propo-

ner al presidente Truman que Bedell Smith fuese destinado al puesto diplomático más difícil de la posguerra.

Acababa éste de regresar a los Estados Unidos para dirigir la Sección de Operaciones del Estado mayor en el Departamento de Guerra. Durante los años de la contienda había ocupado cargos de importancia que le obligaron a entrar en contacto con los rusos. De estas primeras experiencias con los ocasionales aliados del tiempo de guerra y posteriores enemigos nos habla Bedell Smith en el primer capítulo de su libro. En otoño de 1946 se creó la Comisión del Mediterráneo, integrada por representantes políticos de los aliados occidentales y de la Unión Soviética. En el primer período de deliberaciones hubo él de tomar parte como jefe del Estado Mayor y en representación del general Eisenhower. Allí conoció a Vichinsky, entonces comisario de Relaciones Exteriores de la U. R. S. S., y que llegó al frente de la Delegación soviética. Estos primeros contactos directos entre rusos y occidentales, con una estricta finalidad de guerra (la Comisión del Mediterráneo fué creada para aconsejar a los Gobiernos aliados acerca de los métodos más indicados para tratar con Italia después de su derrota), tuvieron un carácter más bien amistoso, que no impidió a Bedell Smith conocer las especiales complicaciones de la susceptibilidad rusa. Más tarde, en Alemania, ya bajo el control de los aliados, desde su puesto en la jefatura del Estado Mayor entró en relación con el mariscal Zhukov y el general Sokolovski. Y entonces se tuvo que enfrentar con las primeras divergencias

con los rusos sobre el grave problema alemán, preludio de la abierta hostilidad que más tarde estallaría, y en cuyo desarrollo le tocaría jugar un papel de primera importancia como embajador de su país en Moscú. Las acusaciones de violación de fronteras, la interrupción de comunicaciones y la divergencia de las interpretaciones soviética y aliada de los acuerdos de Yalta sobre las personas desplazadas, fueron una dura experiencia que capacitó a Bedell Smith para conocer los métodos soviéticos.

En este libro cabe hacer una distinción respecto a su contenido. De un lado están todas las noticias e informaciones que nos facilita acerca del pueblo ruso, de los hombres que lo gobiernan desde el Kremlin y de diversos aspectos de la vida soviética. De otro, el comentario de los problemas internacionales más graves planteados en los años en que el autor vivió en Moscú.

En los últimos años se han publicado bastantes libros recogiendo experiencias en la U. R. S. S. Este de Bedell Smith deberá ser añadido a la lista, pero no como uno más, debido a las favorables condiciones del observatorio en que el autor estaba situado y por la preeminencia de su personalidad y del país a que representaba. De aquí todo el interés de los relatos de sus visitas a Stalin y Molotov y el conocimiento de las reacciones de otros hombres de la política soviética frente al representante de los Estados Unidos. Resulta apasionante conocer las situaciones exactas que rodeaban al embajador Bedell Smith cuando acudía al Kremlin por la noche para dialogar con Stalin y enfrentarse con una política tortuosa, en la que todo eran recelos y animadversión hacia los occidentales.

También tienen mucha importancia los capítulos en que se recogen las observaciones personales de Bedell Smith, o a través de sus colaboradores, de la situación de la agricultura y de la industria, así como de la religión y de la cultura. Respecto a la religión, Bedell Smith llega a la conclusión de que los ataques soviéticos no han conseguido acabar con la fe del pueblo ruso, y como máximo argumento nos relata su asistencia a la ceremonia religiosa de la Pascua de Resurrección en la catedral moscovita. Sin embargo, pone en claro los fines de la política comunista acerca de la Iglesia nacional rusa. Las señales de transigencia hacia los fieles ortodoxos y armenios comenzaron en 1941, cuando el Gobierno ruso quiso utilizar todo estímulo para intensificar la fidelidad del pueblo y aumentar la predis-

posición favorable en el Occidente hacia la Unión Soviética. Todo fué, por tanto, una maniobra para facilitar la expansión de su política exterior, y esto explica que tuviera todo el carácter de una farsa. La religión fué utilizada como un peón más para los fines de propaganda. Esto mismo ocurrió con ciertas manifestaciones de transigencia hacia las comunidades mahometanas del interior del país, que llegaron hasta la autorización de algunas peregrinaciones a la Meca. De este modo, la Unión Soviética buscaba penetrar en el Oriente Medio atrayéndose a las poblaciones con el espejuelo de su benevolencia hacia los fieles mahometanos rusos. Respecto a los judíos, el antisemitismo se inició con un artículo publicado en *Pravda* en enero de 1949, y luego fué tomando cada vez más un carácter de lucha racial. A esta política de antisemitismo no era ajena la reacción de la Unión Soviética ante la creación del Estado de Israel por las Naciones Unidas, que venía a despertar el interés judío, con olvido de la fidelidad a la Unión Soviética. Por último, Bedell Smith se refiere a la situación de la región católica. En Moscú había sólo una iglesia, la pequeña de San Luis de Francia, servida por un sacerdote norteamericano como resultado del acuerdo entre Roosevelt y Litvinov, con ocasión del reconocimiento de Rusia por los Estados Unidos en 1933. Este sacerdote permaneció en Moscú durante once años y volvió a los Estados Unidos en 1945, siendo sustituido por otro sacerdote de la misma nacionalidad, que, como el anterior, conocía perfectamente el ruso, lo cual se traducía en una creciente afluencia de fieles a esta iglesia, despertando la suspicacia de los comunistas. El aumento de fieles hizo necesarios los servicios de un sacerdote francés, que, por desconocer la lengua del país, se encargó de atender a los católicos extranjeros. Llegó un momento en que el sacerdote norteamericano hubo de regresar a los Estados Unidos, pero no quiso hacerlo hasta que le fuera garantizado el regreso a su parroquia. No bien hubo llegado a su país, cuando las autoridades soviéticas le denegaron el permiso de regreso, y la pequeña comunidad católica de San Luis de Francia quedó sin un sacerdote que conociera la lengua rusa. Este fué el primer paso para la incautación total de la parroquia por parte de los agentes comunistas, que no tardaron en sustituir al sacerdote francés por otro presentado por ellos mismos.

En las partes del libro en que se nos describen los importantes problemas de política in-

ternacional que se planteaban en aquellos años. Bedell Smith se detiene especialmente en poner de relieve la táctica soviética de entorpecimiento y mala fe. Un extenso capítulo está dedicado al proceso de independización de Tito como consecuencia de su ruptura con Moscú y de su expulsión de la Kominform el 28 de junio de 1948. Este capítulo tiene gran interés porque el autor sigue con detalle la evolución experimentada por el partido comunista yugoslavo, tratando de buscar las raíces de su rebelión. Atribuye a ésta una gran importancia como manifestación de los peligros a que el comunismo se expone al penetrar en países en los que el elemento nacional juega con una fuerza que no cuenta en el interior de la propia Rusia. Ciertamente la rebelión de Tito ha sido un mal ejemplo para la fidelidad a que se ven forzados todos los países satélites, y dentro de la política internacional tiene como más importante consecuencia la de alterar el cuadro de fuerzas y tensiones que operan en los Balcanes. El dilema de Tito de apartarse de la Unión Soviética para acercarse a los occidentales está muy bien visto por el autor, y es prudente al reconocer que la tendencia hacia Occidente, producto de una calculada política, no ha de causar una modificación sustancial de la dictadura comunista del mariscal yugoslavo.

Los problemas de Alemania llenan dos capítulos, que son de los de más importancia en el libro. El primero de ellos recoge los azares de la Conferencia de Moscú que reunió a los ministros de Asuntos Exteriores en marzo de 1947, y cuyo fracaso, relatado por menudo,

tuvo, a juicio de Bedell Smith, la beneficiosa consecuencia de unificar la política occidental. El segundo relata el memorable episodio del bloqueo de Berlín. El interés especial de este capítulo está en ser un verdadero estudio de todos los antecedentes del problema, que, como bien dice el autor, para ser comprendido se necesita retroceder a la Conferencia de Casablanca de enero de 1943, en donde Roosevelt y Churchill decidieron la rendición incondicional de Alemania, a la que luego dió su aceptación el mariscal Stalin.

El libro de Bedell Smith es, por tanto, de gran interés. En él queda clara la perplejidad que dominó al mundo occidental y a los Estados Unidos en particular respecto de la Unión Soviética, y el desconocimiento de la política de esta última, que permitió las más de las veces jugar con ventaja a los hombres del Kremlin.

El férreo cerco de que siempre se supieron rodear los hombres de Moscú, lo mismo que el que rodea todo el área de influencia soviética, hace que los occidentales se muevan en una noche de ignorancia con relación a las intenciones de sus enemigos, desconociendo los tortuosos caminos de su política. Esto hace muy certera la opinión del representante del *Newes Chronicle* en Moscú, Paul Winterton, de que «no existen expertos en la Unión Soviética, sólo diversos grados de ignorancia». Opinión con la que el ex embajador Bedell Smith se siente identificado.

FERNANDO MURILLO RUBIERA

FEJTO, François: *Histoire des démocraties populaires*.—Editions du Seuil, Paris, 1952, 447 págs., 1 mapa.

Cuando se aborda la tan compleja y mal conocida cuestión de la Europa oriental soviética a través de la excelente obra de M. François Fejtó, el interés que suscita absorbe toda sensación de esfuerzo, tan llenas de inteligencia son sus páginas, sin mengua del rigor científico, abundancia de información y magnífica exposición que hacen esa *Histoire des démocraties populaires* acreedora de los mayores elogios y digna de figurar en la biblioteca no sólo del especialista, sino del simple lector con inquietud de los problemas actuales.

Sin embargo, no era fácil tarea describir con minuciosidad y sin recargar el cuadro con acumulación de datos, cifras y notas, las diver-

sas etapas recorridas por los países de la Europa oriental desde 1939 a 1952, sin perder nunca de vista el conjunto, aunque sólo se estudie una de las partes del mismo, y respetando siempre las distintas personalidades nacionales y sus problemas característicos. Hasta junio de 1948 fueron siete los países incluidos en el grupo de satélites de la U. R. S. S. A partir de esa fecha, Yugoslavia evoluciona según las reglas de un marxismo propio, quedando al margen del bloque soviético, luego del estudio de M. Fejtó. Cómo cayeron estos países de economía casi colonial, de escasa industrialización (salvo Checoslovaquia), afectados por hondos problemas sociales en razón de sus estructuras

semifeudales, primero en poder de las tropas soviéticas, que «avanzaron más de prisa que las ideas del Departamento de Estado, del Foreign Office y del mismo Kremlin»; luego, en el de Gobiernos de Frente Nacional, reflejos políticos de la lucha armada contra Alemania e Italia, comprensivos de los partidos con tendencias pro-occidentales y prosoviéticas, y, finalmente, bajo el absoluto dominio de los respectivos partidos comunistas: cómo se inició, desarrolló y llevó a cabo la eliminación democrática —paradójicamente— de los partidos no comunistas, incluyendo al socialista: qué forma ha adoptado la soviétización de esos países, llevada adelante sistemáticamente; cuál es el balance de este experimento gigantesco; qué perspectivas se brindan aún a la esperanza de un porvenir pacífico, he aquí una limitadísima visión de los horizontes sucesivamente considerados por M. François Fejtő. Con ello presta un señalado servicio a quienes se preguntan cuáles fueron los factores que permitieron a la U. R. S. S. extender su influencia efectiva a siete países europeos e incluirlos en un bloque que secunda su política y cuyas «crisis» espectaculares, recogidas por la Prensa, no permiten llegar a la entraña de la cuestión.

En el modelo de síntesis de un planteamiento previo del problema, que es la introducción a su obra, M. Fejtő pone el acento sobre el hecho de que la Europa occidental, más desarrollada, debió asumir «la carga» de una Europa oriental atrasada, siendo ésta una «tarea inscrita en la lógica de la Historia». Su no realización ha producido el efecto «extraño y peligroso» de que sea la U. R. S. S. quien la ha sustituido en esa misión, siendo ayudada por la imprevisión de los aliados occidentales respecto a los planes de reconstrucción de Europa, por la pretensión americana de unificar el mundo sobre la base de los intereses económicos y la cooperación pacífica, y, finalmente, por los manejos de Churchill, auténtico artífice de la guerra fría, para preservar las posiciones británicas de una unión anticolonialista ruso-americana. La discrepancia entre los puntos de vista de los aliados de la víspera vino a agudizar la situación ya confusa de los países de la Europa oriental —fueran o no ex satélites de Alemania—, donde los heterogéneos Frentes Nacionales del tiempo de la guerra habían asumido el poder. Respetando la fachada de una democracia preconizada por los anglosajones, el partido comunista se va adueñando de «los puestos clave» (policía, fuerzas armadas, etc.), y asimismo de las masas, cuyas

reivindicaciones sociales y resentimientos interpreta y encaniza hacia un fin predeterminado: la conquista del poder, de todo el poder, merced a la eliminación sistemática de la oposición, empezando por privarla de jefes. En Polonia, Mikolajczyk, representante de una democracia socialista antisoviética, es barrido por los afectos a la U. R. S. S. En Yugoslavia, Tito, aun vinculado al Kremlin, elimina las fuerzas nacionalistas de Mikailovitch, creando al mismo tiempo una plataforma para la idea nacional en ese país con su doctrina federalista, tendente a la creación de una Federación de pueblos eslavos de la Europa oriental, que aparece como uno de los motivos de su expulsión posterior del Kominform. En cambio, en Checoslovaquia, por convenir a la U. R. S. S. en la política entonces seguida de cooperación con las potencias occidentales, Gottwald deja escapar en 1945 la oportunidad de realizar una revolución social informada por un nacionalismo puro.

En los países ex satélites de Alemania (Hungría, Rumania, Bulgaria), con el apoyo del Ejército rojo de ocupación el partido comunista toma patrióticamente la iniciativa de las «depuraciones» y expulsión de las minorías alemanas, fomentando al mismo tiempo una agitación constante en un terreno abonado por las miserias de la guerra y el conservatismo ciego de los regimenes anteriores al final de la misma. Todo ello culminó en que las masas desbordaran a los partidos animados de un buen espíritu de renovación e incluso de revolución social, pero que no estaban en la línea del marxismo soviético y no tenían, además, jefes a la altura de las difícilísimas circunstancias.

Por otra parte, el desarrollo de los hechos en el terreno internacional no aportó soluciones viables a los problemas internos entonces planteados en toda la Europa oriental. La Conferencia de Postdam había dejado pendientes todas las cuestiones importantes relativas a aquélla. La Conferencia de París (julio-octubre de 1946), para la firma de los tratados de paz con los ex satélites de Alemania, no señaló un solo paso hacia el establecimiento de la paz y sí, en cambio, el primer síntoma de la división en dos bloques de los países reunidos. Esta circunstancia de tanteo prudente entre virtuales bloques enemigos se refleja en los hechos acaecidos durante el período de reconstrucción y reformas democráticas en los países de la Europa oriental (1945-1947), objeto de la segunda parte de la obra, período que se caracteriza por el dualismo entre el parlamentarismo de-

mocrático de fachada y el poder oculto y efectivo detentado por la minoría comunista. De ahí que las medidas cargadas de consecuencias en el terreno económico, cuales la devaluación (que arruinó a las clases dirigentes), el reparto de tierras para mitigar el problema del proletariado campesino (42 por 100 y 45 por 100 de la población de Hungría y Polonia, respectivamente) y las nacionalizaciones tuvieron en su teoría y en su aplicación un inconfundible sello marxista, aunque aparentemente aprobadas por Gobiernos no comunistas. Unidos el proletariado urbano y los campesinos desheredados, de acuerdo con la estrategia revolucionaria de Stalin, así fueron llevados, lenta y sistemáticamente, esos países europeo-orientales a un socialismo estatal que hace caso omiso de la autonomía de la clase obrera, de su derecho de control y gestión y convierte al Estado en el patrón absoluto. Complemento lógico del sistema y de las nacionalizaciones fué la aplicación de la economía planificada. Primero se pusieron en marcha planes a corto plazo, dada la situación económica semicolonial de esos países. salvo Yugoslavia, que se lanzó a un audaz plan quinquenal que no dejó de suscitar recelos en el Kremlin. En los restantes países, faltos de créditos extranjeros y de capitales nacionales disponibles, las inversiones se hicieron a base de reducir la ya reducida renta nacional, sea sacrificando a la población.

Por lo demás, como vemos en la tercera parte de la obra titulada *El viraje*, el Plan Marshall no aportó en este sector de Europa la mejora de la situación que se esperó en el orden económico, dado el veto de la U. R. S. S. a su aceptación, subrayando en cambio la división del mundo en dos bloques. La U. R. S. S. se esforzó por buscar una compensación vinculando más estrechamente a sí misma y entre sí a los diversos países de la Europa oriental, firmando numerosos tratados bilaterales que establecían una base jurídica para la cooperación diplomática y militar frente al Oeste. La liquidación de los distintos partidos socialistas, sospechosos de pro occidentalismo, y la expulsión de Yugoslavia del Kominform (junio de 1948), permiten finalmente a la U. R. S. S. aplicar una «estrategia unificada», o sea, la acción concertada de los diversos partidos comunistas, de acuerdo con las finalidades políticas que persigue la U. R. S. S., tanto en el terreno económico como político, administrativo y militar.

Consumada la ruptura entre los dos bloques en pugna, se inicia una nueva etapa de la evolución de los países del Kominform, encabezada

con lo que M. Fejtó llama la «bolchevización» de los partidos comunistas, o sea, la eliminación de los elementos susceptibles de independizarse de la dirección política del Kremlin, siguiendo el ejemplo de Yugoslavia. En esta línea de «depuración» se sitúan los procesos de Rajk, Kostov, Gomulka, Clementis y Slansky. Después de este alto en el camino para recontar a los «ciegos», la máquina soviética se pone en marcha y se otorga una nueva estructura política a las Repúblicas populares. Lamentamos no poder entrar con Fejtó en el detalle de las mismas, pero consignamos que en esos países la llamada dictadura del proletariado se ejerce dentro del marco constitucional, sin duda para mofa de las instituciones democráticas. En realidad, la síntesis entre la fachada democrática del Estado y la dictadura del «bureau» político del partido comunista se opera en el «Presidium». En el orden administrativo local, a partir de 1949 todo fué organizado según el sistema soviético, mientras que paralelamente a estas formas se llevaban adelante, sin vacilaciones, hondas modificaciones de las estructuras económicas, estudiadas con orden y precisión notables en la parte V de la obra, titulada «Estructura y desarrollo de la economía de las Repúblicas populares después de 1948» (industrialización planificada: inversiones y nivel de vida; productividad, nueva deidad; problemas y dificultades; hacia la colectivización de la agricultura; el comercio exterior). El examen sistemático de los aspectos diversos del hecho económico permite a M. Fejtó hacer un balance de la situación que tendrá por válido, a nuestro juicio, el lector dominado por el deseo de no adormecerse con una boalicona quietud a que le invitaría con lamentable frecuencia una propaganda desenfocada. Es preciso mirar la realidad con los ojos abiertos si se pretende dominarla: no todo ha sido fracaso en las Repúblicas populares. M. Fejtó opina, y opinamos con él, que mentir a este respecto es traicionar la causa de la auténtica libertad que se desea a esos pueblos, soñando con soluciones impropias para sus males. En efecto, en el haber del balance hay que registrar un paso gigantesco en el camino de la modernización de esos países de «nivel de evolución inferior» al resto de Europa, el dinamismo industrial, el pleno empleo y la solución del paro obrero endémico antes de la guerra, la organización científica del trabajo, la promoción de las nuevas generaciones al tecnicismo, las mejoras sociales (seguros, vacaciones, retiros, etc.), el acceso de las clases obre-

ras a la cultura, etc., lo cual, en conjunto, representa un progreso, independientemente de los aspectos morales y humanitarios de la cuestión. En contrapartida, M. Fejtó señala la inercia de la agricultura, la existencia de «privilegiados» amamantados por el partido comunista, el excesivo escalonamiento de los salarios, las migraciones obreras, «arma de combate contra el Estado-patrón»; la falta de coordinación entre las ramas industriales, la mala calidad de los productos, el ritmo irregular de la producción, el descenso del nivel de la enseñanza, las limitaciones de la cultura planificada (sovietizada es más exacto), aparte, en el orden religioso, la difícil situación en esos países de las Iglesias (la católica, en primer término; menos aguda, la protestante, y sobre todo, la ortodoxa). Considerados todos estos extremos con fría lucidez, el autor de *Histoire des démocraties populaires* llega a conclusiones centradas, principalmente, en una crítica de la doctrina del *containement* «unilateralmente militar, con ausencia de perspectivas políticas y económicas», y en la creencia de que cuanto supone un avance social en esos países jamás podrá ser desandado. La prédica soviética de que el bloque occidental significa el retorno a sistemas semif feudales, generadores, por supuesto, de las causas sociales y económicas que abrieron el camino al comunismo, ntre en parte el satelitismo de las Repúblicas populares. Por lo demás, dada la presión soviética, hay que renunciar a la esperanza de un derrumbamiento interno de las democracias populares y

preparar una estrategia política, económica y social ajustada a la realidad —o sea, todo lo contrario de lo que viene sucediendo en Grecia—, deshaciendo para ello el mito de que no hay otra alternativa que «volver al pasado», a lo que se niegan los pueblos europeo-orientales, o «dejarse sovietizar», a lo cual sólo se resignan. Asimismo, buscar el contacto con los campesinos, los sindicalistas y los socialistas de la masa obrera (forzosamente anticomunistas), descuidando (a juicio del autor) los grupos de emigrados que representan sistemas caducos y fracasados en su misión, que Estados Unidos comete el error de apoyar. Por fin, no olvidar que «el Estado comunista despierta fuerzas cuya acción natural, aun sin organizar, ejerce presión sobre los marcos demasiado estrechos y rígidos de la dictadura». O sea, estar atento al desarrollo de la contradicción íntima del comunismo, pero sin pretender «marchar atrás» de tipo económico-social. En lo que atañe al plano internacional, no perder de vista que Alemania es la clave del problema de una Europa que no puede ser arbitrariamente dividida si ha de desempeñar un papel en el mundo.

En resumen, es *Histoire des démocraties populaires* la obra lúcida, pensada y escrita con voluntad constructiva por un europeo-oriental emigrado, que conoce a fondo el tema tratado y ha puesto su inteligencia y su saber al servicio de una Europa unida, sin nostalgias de pasado, con ansias de un mañana menos imperfecto.

CARMEN MARTÍN DE LA ESCALERA

*Jane's Fighting Ships*. Edición correspondiente a 1953-1954.—Sampson Low, Marston and Co. Ltd. Londres.

Todos los años en los medios navales, así como en los políticos que tienen una relación con la mar, se espera con verdadero interés la publicación del anuario británico *Jane's Fighting Ships*, que de forma objetiva, y más bien en plan de catálogo, informa del potencial naval de los distintos países del mundo que poseen marinas de guerra.

De todos los anuarios navales-militares, no hay duda que el *Jane's* es el que goza del más fundado prestigio, sin que esto quiera indicar menosprecio al anuario francés *Les Flottes de Combat*, que hoy día editan H. y S. Le Masson, y el nuevo alemán, *Flotten Taschenbuch*, redactado por Alexander Brent, que, aparecido

por primera vez en 1953, continúa la obra anterior del oficial de la Marina imperial B. Weyers.

Pero en donde radica principalmente la fama y renombre del *Jane's* sobre los demás anuarios es en el prólogo, que en todas sus ediciones valora la real situación de las marinas de guerra mundiales, y en el que se hace, entre líneas, un sincero y ponderado juicio político-naval de los potenciales marítimos, no sólo de las grandes potencias sino también de las secundarias.

El valor fundamental del prólogo del anuario correspondiente a 1953-1954, que hace la edición número 55 de esta publicación, reside en que,

de forma rotunda, sostiene la supremacía de tres realizaciones que han de tener consecuencias de gran trascendencia en la composición de las flotas y el futuro desarrollo de las operaciones navales. Estas realizaciones son: la propulsión atómica, la especialización de los buques y los proyectiles dirigidos.

En lo que respecta a la primera, la posición que adopta este anuario es de lo más categórica, ya que afirma que «las grandes marinas inician cambios en el sistema de propulsión de los buques que pueden ser tan profundos como el paso de la vela a la potencia mecánica. En la evolución de esta última se han ido adoptando nuevos combustibles y nuevas formas de potencia motriz, con el fin de alcanzar más altas velocidades y mayores autonomías, pero la aplicación de la energía nuclear hará más formidable que nunca el poder naval, proporcionando a todos los buques equipados con ella la posibilidad de recorrer largas distancias sin necesidad de repostarse de combustible. La construcción de los primeros buques accionados por energía nuclear, particularmente los grandes submarinos norteamericanos *Nautilus* y *Sea Wolf*, marca el comienzo de una nueva era para la propulsión, que puede tener consecuencias de gran trascendencia no sólo en el campo de la construcción naval, sino también en la estrategia militar en general y en la técnica naval en particular».

Semejante posición adoptada por el *Jane's*, y dada la actitud conservadora mantenida en todas sus ediciones, al tiempo que honrada, pues ha sido norma de conducta de sus editores decir paladinamente que desconocen un dato, a falsarlo, nos ha hecho revisar prólogos de anuarios anteriores, y en ellos no se ha encontrado una manifestación tan meridiana como es la antes transcrita, lo que hace que se siente el principio de que nos encontramos en los inicios de una nueva concepción de la guerra marítima y hay que empezar a descartar principios que han tenido alrededor de cien años de vigencia, que fueron creados, mejorados y completados por una serie de estrategias, tácticos y técnicos, que ocupan un lugar en la historia naval universal.

En el prólogo a la edición correspondiente a 1952-1953 se sostenía que la flota de los Estados Unidos era la mayor que haya mantenido un país en tiempos de paz, y que era tan grande como todas las demás flotas del mundo reunidas. Tal afirmación en la actualidad no sólo sigue siendo cierta, sino que, de año en

año, el potencial naval norteamericano es cada vez mayor, siendo esto demostración de que, tanto los políticos como los técnicos de dicha nación, no quieren verse expuestos a un nuevo Pearl Harbour, y que, como país rector de los occidentales, se considera obligado a mantener una flota capaz de superar a la que pueda enfrentarle un enemigo y, además, suplir las lagunas existentes en sus aliados, que, dado el costo, cada vez mayor, de toda clase de unidades, hace que los efectivos tiendan a disminuir, en lugar de aumentar.

A título informativo, y de conformidad con el *Jane's*, la «Navy» norteamericana se compone de las siguientes unidades:

Portaviones de escuadra .....	36
Portaviones de escolta.....	66
Acorazados.....	15
Cruceros de batalla.....	2
Cruceros pesados.....	29
Cruceros ligeros.....	44
Destruyores.....	352
Destruyores de escolta.....	250
Submarinos.....	201
Minadores.....	365
Patrulleros.....	162
Embarcaciones anfibia.....	900
Buques auxiliares.....	678
Buques componentes de trenes navales..	1.800

Es decir, que los Estados Unidos disponen de unos 4.900 buques, de los cuales mantiene en servicio alrededor de unos 1.200, mientras que los demás permanecen amarrados en los muelles de los grandes arsenales, recubierta la mayor parte de su obra muerta de caparazones de plástico, para impedir su deterioro.

Ya que la Gran Bretaña no puede presumir de disponer de la escuadra más potente del mundo, pues este primer puesto lo ocupan los Estados Unidos, como antes se indicó, los ingleses intentan mantener un segundo puesto y defenderlo contra todo aquel que pueda hacerles la competencia. De aquí que el anuario de 1954 tenga como preocupación, en lo que respecta a Gran Bretaña, sentar y afirmar el principio de que su flota es superior a la soviética.

No hay duda que tal afirmación es verdadera a la vista de la siguiente estadística, que incluye esta publicación:

	Gran Bretaña	U. R. S. S.
Portaviones	14	0
Acorazados	5	3
Cruceros	26	20
Destruyores	107	83
Fragatas	161	38
Submarinos	53	370

Cifras que serían más elocuentes si, en lugar de haber señalado únicamente las unidades que posee el Reino Unido, hubiéramos considerado el Commonwealth británico.

Es indudable que el *Jane's*, en sus diferentes ediciones, cuida con especial interés la crítica de la escuadra inglesa. De aquí que sean de verdadero relieve las consideraciones que hace sobre ella, el programa de construcciones y la política naval seguida en el país. Por de pronto, hay que señalar que el Tesoro inglés no está en condiciones para construir buques de línea, y de aquí que el Primer Lord del Mar declarara públicamente en 1953 «que el buque de línea era realmente un supercrucero con la misma velocidad, mayor protección, mayor potencia artillera y armamento antiáereo más pesado, pero más caro de construir, de mantener, de mover y de armar. Con los limitados recursos actuales de la Gran Bretaña conviene más mantener en servicio cruceros que buques de línea. El precio de uno de éstos es hoy tan elevado que debe pensarse antes de gastarse el dinero en él. La frase no tiene desperdicio: si el acorazado desaparece de las listas de las armadas no es porque haya ingenios capaces

de destruirle; lo que ocurre es que las haciendas de los distintos países del mundo no están en condiciones para hacer frente al gasto de lo que cuesta un buque de esta clase, a excepción, claro es, de la norteamericana y acaso, por otras razones, no dinerarias precisamente, la soviética.

También es preocupación de los editores de este anuario mantener un constante control sobre los datos de cada uno de los buques que en él figuran, rectificando aquellos que no son exactos y declarando honradamente que se desconoce alguno, antes de dar uno que sea falso, como ya antes se indicó. Junto a esta cuidadosa actividad hay que hacer resaltar la meticulosidad que se lleva en la parte gráfica, pues año tras año se mejoran las fotografías que se publican de todos los buques y en el presente, comparado con el anterior, hay una sustancial renovación de muchas de ellas.

Y, para terminar esta nota, ha de indicarse que satisface repasar las páginas del *Jane's Fighting Ships 1953-1954*, que en los capítulos correspondientes a las escuadras de Argentina, Chile, Méjico y Turquía siguen figurando buques que se construyeron en astilleros españoles, y se lamenta que en el capítulo dedicado a la Unión Soviética figure como transporte de guerra, y bajo el nombre de «Volga», el que fué barco de pasaje de la Transatlántica Española «Juan Sebastián Elcano», construido por los astilleros Echevarrieta y Larrinaga, de Cádiz, y que, por encontrarse en Odesa en las postrimerías de nuestra guerra civil, fué apresado por los soviets en unión de otros barcos españoles.

LUIS M.<sup>a</sup> LORENTE RODRIGÁNEZ